

13 PERROS Y MEDIO

FERNANDO LALANA



bam
bú

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2019, Fernando Lalana, por el texto
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Francesc Punsola
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-8343-577-9
Depósito legal: B-1051-2019
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Previo, a modo de recordatorio

¡Eh! ¿Qué tal estáis? No sé si os acordáis de mí. Me llamo Félix Manley. Sí, sí, Manley, como la marca de pinturas de cera. Pero no, lo siento, no tengo nada que ver con ello. De hecho, prefiero las de la marca Dacs. Qué le vamos a hacer... Si bien lo pensáis, no todo el que se apellida Roca se dedica a fabricar bañeras ni todas las chicas que se llaman Mercedes poseen una fábrica de coches de lujo.

Así pues, como os digo, mi familia no pertenece al sector de las manualidades. Nada más lejos de eso. Mi madre era maestra de primaria hasta que, a finales del curso pasado, con eso de los recortes en educación por culpa de la supercrisis, la echaron a la calle. Por lo visto, los dueños de su colegio pensaron que era más barato que los niños aprendiesen solos. Y cuando mi madre perdió su empleo, en lugar de pedir cita con el psicólogo, como habría hecho cualquier persona normal, se compró una lupa muy gorda, de cristal alemán, y se apuntó a un cursillo acelerado de detective privado en la

academia Marmolejo. Aprobó todas las asignaturas a la primera y le dieron un diploma así de grande que la autorizaba a investigar los más variados y misteriosos casos.

¿Es una gran detective?, me preguntaréis, quizá.

A ver, dejadme que lo piense... Lo cierto es que no. No, no... definitivamente, no es una gran detective, tengo que reconocerlo. Y eso que empezó fuerte. En su primer caso, le encargaron buscar un perro perdido y acabó encontrando trece, nada menos; lo cual, creo yo, constituye un éxito sin parangón en el mundo de lo investigativo. Pero, a partir de ahí, me da la sensación de que ha perdido fuelle. Sin embargo, ella sigue investigando de cuando en cuando, plena de entusiasmo detectivesco.

Y, por otro lado, tenemos a mi padre. Sinceramente, lo de mi padre ya es la monda. Durante mis primeros quince años de vida, yo creía ser semihuérfano, o como se diga; pensaba que mi padre había muerto, justo antes de nacer yo, en el terremoto de Calatayud. Y, de repente, el verano pasado va y aparece de repente, como salido de la nada. Como el genio de la botella. Yo ya llevaba un tiempo sospechando. Sobre todo, desde que me enteré de que en Calatayud jamás se había producido un terremoto con víctimas, pero no podía imaginar la verdadera verdad. Y la verdad verdadera era que mi padre estaba vivo. Está vivo. Se apellida Manley, como yo, que ya es casualidad. Pero no se llama Félix, sino Felipe. Es un tipo guapo y está bastante cachas, siempre usa gafas de sol, incluso por la noche, y es agente del CNI. Para los ignorantes: CNI son las siglas del Centro Nacional de Inteligencia; o sea, los servicios secretos españoles.

8 Resultó que había pasado los últimos tres lustros encarado en una cárcel boliviana por culpa del fracaso de una misión supersecreta, y por eso no nos conocíamos.

Como podéis imaginar, descubrir que mi padre seguía vivo y que, además, era un espía, resultó para mí una sorpresa del tamaño de la catedral de Santiago. Y todavía más para mi madre, que pensaba que él nos había abandonado a poco de nacer yo y se había inventado lo de que murió en un terremoto para que yo no me traumatizase.

Ahora, los dos están enamoradísimos, como si acabasen de conocerse. A veces, hasta me da un poco de apuro verlos tan embobados el uno con el otro, que parecen dos adolescentes. ¡Qué vergüenza, dios mío!

27 De diciembre (Por algún sitio hay que empezar)

La chica de la curva

José María Pons estaba medio adormilado en el asiento del copiloto de su Toyota híbrido cuando, treinta metros por delante, entre el borde de la calzada y los primeros árboles tras la cuneta, distinguió un algo impreciso, una silueta borrosa e inquietante, que le hizo dar un respingo.

—¿Qué es eso? —exclamó de repente, extendiendo el brazo hacia delante.

—¡Aaah! —gritó al volante Elena, su mujer—. ¡Demonios, Josemari! ¡Qué susto me has dado!

—¡Pero mira! ¡Hay alguien ahí delante! ¡Un espectro! ¡Un halo demoníaco!

Ella afiló la mirada. Era la hora turbia. Ese momento del día, cercano al ocaso, en que el mundo se torna fantasmal; cuando el sol se ha puesto y ya no alumbra, pero aún no ha anochecido y los faros del auto todavía no sirven para nada. Ese momento en que las sombras pesan más que la luz y el temor más que el sosiego. Sobre todo, si es pleno invierno y

circulas por una carretera secundaria del Pirineo aragonés tapizada de nieve vieja.

–No es un espectro. Es una chica...

–¡Naturalmente! ¡La chica de la curva!

–No digas barbaridades, Josemari, por dios. ¿Cómo va a ser la chica de la curva si estamos en una recta?

–¡Sigue! ¡No te pares, Elena! ¡Ni se te ocurra!

–Pues yo creo que sí deberíamos parar, pobrecica. Mira, nos hace señas.

En efecto, la muchacha, muy joven, muy rubia, muy alta, muy pálida, que caminaba en su misma dirección, se había girado al oír el sonido del motor del auto y alzaba una mano temblorosa.

Elena detuvo el Prius al llegar a su altura.

–Baja el cristal, hombre –le indicó a su marido.

–¡Es que no me fío! ¿Y si me salta al cuello?

–¿Pero no ves que está helada de frío? Baja el cristal, te digo.

El hombre alzó la mirada y contempló con detenimiento el rostro de la muchacha por primera vez. Como todo en ella resultaba superlativo, también era muy, muy hermosa. De una belleza insoportable.

–Buenas tardes. Gracias por parar. ¿Van ustedes a Osia?

–preguntó con un ligero acento extranjero cuando, por fin, Pons bajó el cristal de la ventanilla.

–Pues claro que vamos a Osia, maja. ¿A dónde vamos a ir? Por esta carretera no se llega a ninguna otra parte. Allí se acaba el mundo conocido. Después, dragones.

–¿Podrían llevarme? El camino se me está haciendo más largo de lo que imaginaba.

–Desde luego. Sube –dijo Elena, adelantándose a la respuesta de su marido.

–¿Qué? –protestó él; pero su resistencia duró dos segundos. Suspiró antes de claudicar–. Creo que esto es un gran error, pero, en fin... Arriba, joven. No te hagas de rogar.

–Claro que no. ¡Muchas gracias!

La chica pasó al asiento trasero frotándose las manos y los brazos. No llevaba suficiente ropa de abrigo.

Elena reanudó la marcha. Solo tardó cien metros en mirar a la pasajera a través del retrovisor interior.

–Tú tienes que ser la nieta de Matías. La rusa.

La chica sonrió.

–Sí. ¿Lo ha adivinado por el acento?

Marido y mujer cruzaron una mirada de refilón.

–Por tu cara –respondió ella–. No te ofendas, pero tienes una cara de rusa que tira de espaldas.

–Ah, ya... Cierto, soy rusa. Me llamo Valeria.

–Yo soy Elena. Y este es Josemari.

–Elena y Josemari, ¿eh? Entonces, serán los dueños de Casa Cirjuano, ¿verdad?

–Así es. ¿Cómo lo sabes?

–Mi abuelo me ha hablado de todos los habitantes del pueblo. No son muchos. Su marido es el único con el pelo plateado recogido en una coleta. Inconfundible.

–No tan inconfundible. A veces, llevo moño –replicó el hombre de la coleta.

–¿Ves como teníamos que parar a recogerla?

–¿De dónde vienes? –preguntó él, tras un gruñido.

–De Jaca.

–¿Andando desde Jaca? Pero si hay casi veinte kilómetros...

–Ah, no, no. Allí he hecho autoestop, en la gasolinera. Una familia de noruegos, que viajaban en una autocaravana grandísima y se dirigían a San Juan de la Peña, me han traído hasta el desvío de la carretera general. Pensaba que me llevaría menos tiempo hacer este último tramo, pero menos mal que han pasado ustedes, porque empezaba a sentirme aterida. Y eso que los rusos estamos acostumbrados al frío.

–Sí, has tenido suerte. De no ser por nosotros, podrías haber muerto congelada. O devorada por los lobos.

–¿Hay lobos por aquí?

–No asustes a la chica, Josemari. Y tú, no le hagas caso, que es un exagerado. En todo caso, te habrían devorado los jabalíes. Pero es cierto que engañan estos últimos kilómetros. Parecen cosa de menos y, sin embargo...

Un zumbido sordo, grave, intermitente, hizo temblar el aire sobre ellos, en ese instante.

–¿Qué demonios es eso...?

Josemari adelantó el cuerpo para mirar hacia el cielo, a través de la parte superior del parabrisas del auto. Vio aspas girando y potentes destellos blancos y rojos danzando en el azul plomo del ocaso.

–Un helicóptero. De la Guardia Civil, creo. Tal vez acuda a un rescate de montaña.

–Es raro que vuelen a esta hora, tan cerca del anochecer. Debe de tratarse de algo realmente excepcional.

–A lo mejor el presidente del Gobierno se ha perdido haciendo senderismo. Es muy senderista, el presidente.*

* En el momento de la acción, el presidente del Gobierno de España era Mariano Rajoy. (N. del a.)

Tomaron, por fin, la última curva y tuvieron ante sí la entrada al pueblo. Sin embargo, la imagen habitual estaba interrumpida por las siluetas de un todoterreno de la Guardia Civil cruzado sobre la calzada y de un agente armado con subfusil que les hizo señas para que se detuvieran. Elena y su marido cruzaron una mirada rápida.

–¿Son vecinos de Osia? –les preguntó, sin más saludo previo que acercarse el índice a la visera de la gorra.

–Vivimos aquí a temporadas. Somos de Zaragoza. ¿Qué ocurre, agente?

–Documentos –solicitó el guardia, por toda explicación.

Sacaron los carnés, que el guardia civil consultó con rapidez—. Martínez y Pons. Ajá. Veo que están en la lista. ¿Y ella?

–Viene con nosotros –dijo la mujer.

–Sí, bien, pero ¿cómo se llama?

–Valeria. Es la nieta de Matías Panadero. Él sí es de los que viven en el pueblo todo el año.

Al guardia se le iluminó la sonrisa, mientras echaba mano de su *walkie-talkie*.

Cuando, finalmente, se les permitió acceder al pueblo, los tres ocupantes del Toyota se quedaron de una pieza. El helicóptero que los había sobrevolado minutos antes acababa de aterrizar en una de las eras más próximas al minúsculo casco urbano y permanecía con el rotor en marcha y las luces destellantes a todo trapo. Varios vehículos de la Benemérita y dos docenas de agentes a pie recorrían las calles del municipio con ademanes de fuerza invasora.

Cuando llegaron a la plaza, se les cruzó delante un Renault gris, obligándolos a frenar. Descendió de él uno de sus

ocupantes. No vestía el uniforme verde de la Benemérita, sino camisa blanca y traje negro, con el nudo de la corbata algo flojo. Y usaba gafas oscuras, pese a que el sol era ya solo un recuerdo luminoso tras el horizonte.

Se dirigió directamente a la muchacha rusa. Le habló en un tono poco amigable. Como el que usaría un padre para regañar a su hija.

–Hola, Valeria. ¿Se puede saber dónde demonios te habías metido? Fíjate la que se ha organizado por tu culpa.

26 de diciembre (O sea, el día anterior)

Péplum

Pues, mira, ya está. Nuestras primeras navidades en familia completa: papá, mamá y yo. Y aunque me temía lo peor, lo cierto es que ya han pasado la Nochebuena y el día de Navidad y aquí seguimos, más o menos igual que antes. Quizá un poco más gordos, porque nos hemos echado al cuerpo unos atracones de turrón y de pavo que no se los salta ni Carpanta con pértiga. Anteanoche, mi padre preparó un pavo relleno de croquetas de pavo, una receta que había aprendido a cocinar en la cárcel de Bolivia donde estuvo encerrado. Rico, rico, rico, en serio. Pavo al delincuente inocente, lo bautizó mi madre. ¡De muerte!

También ayer, entre otras cosas, comí ostras por primera vez en mi vida.

Hoy, mi madre y yo hemos acabado con las sobras de los dos días anteriores, como manda la tradición. Mi padre, en cambio, ya ha tenido que salir a primera hora de viaje en misión secreta. Es lo malo que tiene la vida de los espías, que es muy sacrificada. Imprevisible y sacrificada.

Después de comer. Ya ha terminado *Saber y ganar*. Estoy solo en casa, como Macaulay Culkin. Mi padre, ausente; mi madre, investigando.

En la tele están echando un péplum soporífero, así que me he encerrado en mi cuarto a leer un libro de Tolstói y a esperar que me llame Cuca por teléfono.

¿Cómo? ¿Que quién es Cuca? ¿Es que no habéis leído *Trece perros*? Cuca es mi novia. Mi novia. Minovia. Minooovia. ¡Je! Me produce un agradable cosquilleo decirlo: Mi novia. Mi-no-via. Minoviaminoviaminovia. Caray, es que tengo novia, señoras y señores. Mi primera novia.

Dice mi padre que a la primera novia nunca la olvidas, pero que no te casas con ella porque resulta imposible acertar a la primera con la mujer de tu vida, por una cuestión de estadística y probabilidades.

Qué aguafiestas, ¿no? ¿Todos los padres son así? Desde luego, a mí me gusta pensar que lo mío con Cuca va a durar toda la vida, diga lo que diga mi padre. Estoy muy enamorado de ella. Un amor profundo como el aparcamiento de un rascacielos. O eso creo, aunque, en los últimos días, algunos detalles me hacen dudar ligeramente de esa profundidad.

Por ejemplo: estas navidades nos hemos separado por primera vez. Cuca, sus padres y su hermana Nati se han ido a pasar las vacaciones a su apartamento de Jaca y todos los días suben a esquiar a Astún. Y yo la echo mucho de menos. ¡Pero...! lo cierto es que no tanto como yo pensaba. Ayer me llamó, estuvimos hablando veinticinco minutos y se me hizo largo, la verdad. Quizá fue porque casi no me dejó abrir la

boca. En fin, que esto del primer amor es más complicado que el cálculo diferencial.

Dejo el libro tras leer dos párrafos y remoloneo en la cama. El libro. Anda que... Estas navidades me he propuesto leerme *Ana Karenina* y ya voy por la página dieciocho. Solo me faltan novecientas ochenta y dos. Lanzo dos dardos a una diana que tengo colgada detrás de la puerta y los clavo en la puerta. Cero puntos. Echo un vistazo a través de la ventana. Estaría bien que nevase. Una Navidad sin nieve es como... como un general sin medallas. Como un funeral sin muerto. Como un *youtuber* sin *followers*. Sin embargo, no nieva. Hace un frío que espanta, eso sí, pero no cae ni un maldito copo. El clima es lo peor de mi ciudad. Nueve meses de invierno y tres de infierno, dicen. Ni rastro de la primavera, poco otoño, viento feroz durante todo el año, apenas llueve y casi nunca nieva.

La pera limonera

De pronto, allá abajo, haciendo astillas con su presencia la soledad de la calle, distingo una silueta que se acerca caminando por la acera. Desafiando al tiempo inclemente y a la falta de nieve. De inmediato, reconozco el anorak azul marino y el gorro gris de invierno de Luisfer. De Luisfer sí os acordáis, ¿verdad? Luis Fernando Castillejos. El jefe de nuestra pandilla, el *boss*. El más listo de mi clase del instituto. Luisfer y yo somos los únicos de nuestro grupo de amigos que nos hemos quedado aquí, en la ciudad. Las mellizas Padornelo, mi adorada Cuca y su hermana Nati, ya os he dicho: esquiando como auténticas fernandezochoas. Pílonga Gutiérrez se ha

marchado con sus padres y su hermano Pilonguito a Melgar de Fernamental, un pueblo castellano y mesetario, donde viven sus tíos. Las navidades de los años pares, sus tíos vienen aquí; y las de los años impares, Pilonga y familia se van a Melgar, localidad infinitiva de la primera conjugación. Y Luisja se ha ido a Italia, donde tiene parientes lejanos: Roma, Milán, Florencia, Venecia... Eso sí que me da envidia.

«¿A dónde irá Luisfer?», me pregunto. Y treinta segundos más tarde, timbrado al portero automático mediante, descubro que no va sino que viene. Viene a mi casa.

Lo espero en el rellano de la escalera, con la puerta abierta. Sube los veintiséis peldaños a buen paso. Cuando aún se encuentra en el descansillo previo al último tramo de escalones, ya le lanzo la pregunta.

–¿Ocurre algo grave?

No necesita responderme. Me basta con su mirada. Pese a todo, lo hace al momento.

–Claro que ocurre algo grave. No habría salido de casa con este frío asqueroso de no ser así. Además, en la tele están echando *Espartaco*, de Stanley Kubrick. Con Kirk Douglas. No me la estaría perdiendo por una simple tontería, como comprenderás.

Luisfer es un poco pedante, ya recordaréis. Sabe de todo y por eso resulta un pelín cargante. Por ejemplo, sabe que Stanley Kubrick era un director de cine inglés cuando yo, en mi cinéfila ignorancia, pensaba que era un piloto polaco de Fórmula 1. Pero es un buen tipo y mi mejor amigo, que conste. Me refiero a Luisfer, no a Kubrick. Además, es el delegado vitalicio de nuestra clase. Creo que ya era delegado de clase cuando íbamos al jardín de infancia.

–Anda, pasa. ¿Quieres un colacao caliente, para entrar en calor?

–Vale. Y unas galletas Príncipe, si tienes.

–Voy a ver.

No hay galletas Príncipe, pero sí encuentro unas pastas de avena con pepitas de chocolate de marca «Principado». O sea, marca blanca de origen asturiano. En silencio, pongo las pastas en un plato de postre. En silencio, caliento dos tazas de colacao en el microondas y me siento frente a Luisfer. En silencio, nos comemos dos pastas cada uno, tras mojarlas en el colacao.

–Bueno, ¿qué? –le pregunto, al fin, harto de tanto silencio. Él carraspea. Habla sin mirarme.

–¿Está tu madre en casa?

–No, ha salido a investigar. ¿Por qué lo dices?

–Quería contratarla.

–¿Cómo detective?

–Hombre, claro. No voy a contratarla como madre, que ya tengo la mía.

–Ya, bueno... pues no va a poder ser. Ahora está enfrascada en uno de sus más apasionantes casos: buscando la bicicleta nueva de Pilonguito, el hermano pequeño de Pilonga. Por lo visto, se la robaron hace unos días.

–Vaya por dios...

–Y... ¿para qué necesitas una detective?

Pausa. Sospechosa pausa.

–Para... buscar a una persona desaparecida.

Siento un cosquilleo de excitación que me baja desde la nuca hasta la rabadilla.

–Parece interesante. ¿De quién se trata?

A Luisfer le cuesta responder a mis preguntas. Lo noto incómodo, lento; casi... desconfiado. Eso me molesta, pero, sobre todo, me extraña. Somos amigos desde antes de que aprendiéramos a decir «idiosincrasia» y no hay secretos entre nosotros. O eso creía yo.

Por fin, se decide.

–Se trata de la rusa.

Tardo diez segundos en caer en la cuenta.

–¿Te refieres a La Pera Limonera?

–*Da* –me responde en ruso, para que no haya duda.

La Pera Limonera es Valeria Lemonova. He deducido que se trataba de ella porque es la única rusa que conocemos. Aterrizó en nuestro instituto a principios del curso pasado sin saber ni una palabra de español. Aquel primer día ya algún espabilado descubrió en Google que el diminutivo de Valeria es Lera y, en apenas unas horas, pasó a ser conocida por Lera Lemonova, Lera Limonova, Lera Limonera y, finalmente, La Pera Limonera. Fácil y tonto, como todas las cosas importantes de la vida.

La que no tiene un pelo de tonta es ella. Por descontado, a final de curso hablaba el español mejor que yo. La Pera Limonera es un año más joven que nosotros, pero no lo parece.

–¿Y cómo sabes que ha desaparecido?

–Porque la llamo al móvil y no me contesta.

Le doy un trago largo a mi taza de Cola Cao, mientras pienso que aquí hay algo no acabo de entender.

–¿Y por qué la llamas?

Luisfer suspira antes de confesar, por fin.

–Te noto algo lento de mollera, colega. La llamo porque... estamos saliendo juntos.

De la impresión, casi me tiro el colacao por el escote.

–¿Cómo que estáis saliendo? –exclamo–. ¿Desde cuándo?

–No sabría decirte exactamente. Unos días. Un par de semanas, quizá. Y baja la voz, que se van a enterar todos tus vecinos.

–¡Pero...! No entiendo nada, Luisfer. ¿No estabas saliendo con Nati?

Nati es la hermana melliza de Cuca. Melliza, no gemela, ojo con eso. Nati nació ocho minutos después de Cuca y se parecen, pero no gran cosa. Como dos hermanas cualesquiera. Quiero decir que no son gemelas idénticas. Todos dicen que Nati es más guapa que Cuca, pero a mí no me lo parece, por supuesto que no.

–Sí, claro. Salía con Nati. Pero ya no.

–¡Vaya sorpresa! No entiendo por qué Cuca no me lo ha contado. O tú mismo, que para eso somos amigos.

Luisfer baja la mirada y la sumerge en el colacao antes de responder.

–Es que... bueno, verás... lo mío con Nati se ha terminado, pero... aún tengo que decírselo.

Se me cae la mandíbula hasta los pies.

–¡Ostras! ¡No se lo has dicho! ¡Estás saliendo con otra y no se lo has dicho a Nati! Pero, Luisfer... técnicamente, eso es bigamia.

–No digas burradas. Se lo iba a decir, te lo aseguro; se lo iba a decir el sábado pasado, después del sorteo de la lotería

de Navidad, pero como se fue con su familia a esquiar no me dio tiempo. Se lo diré en cuanto vuelva. Es que, ahora, cortar con ella por teléfono... me parece feo.

–¡Ah, vaya...! Cortar por teléfono te parece feo, pero ligar con otra a sus espaldas te parece bonito.

Luisfer resopla como un búfalo y se encara conmigo.

–No es por nada, Félix, pero de un amigo como tú esperaba apoyo, no reproches.

–¡Ah, no, no, eso sí que no, lo siento, Luisfer! No lograrás de mí la más mínima comprensión. ¿No te das cuenta de lo decepcionado que estoy?

–No será para tanto. Ni que te hubiese dejado a ti.

–¡Pues claro que sí! En cierto modo, al menos. Yo contaba con que, si tú salías con Nati y yo con Cuca, tarde o temprano nos convertiríamos en cuñados. Y ahora, resulta que no va a ser así.

–¿Y qué?

–¿Y qué? ¿Sabes tú lo difícil que es conseguir un buen cuñado? A fin de cuentas, a la mujer de tu vida la buscas y la eliges, pero los cuñados no se eligen. ¡Te puede tocar cualquier idiota! Yo estaba encantado con la idea de que tú fueras mi futuro cuñado.

–Sí, bueno... también a mí me habría gustado, claro que sí. ¡Pero no voy a casarme con Nati para que tú y yo seamos cuñados!

–¿Y por qué no?

–¡Porque no la quiero! ¡Quiero a Valeria! Me he enamorado de ella como un borrego. Y ella también me quiere. Eso es lo importante, ¿no? De todas formas, ¿no podemos dejar esta discusión para otro momento? No he venido para hablar

de cuñados; he venido en busca de ayuda para encontrar a mi novia desaparecida.

Me levanto de la mesa. Llevo las tazas vacías a la fregadera. Desde allí me vuelvo hacia Luisfer. Cruzo los brazos sobre el pecho. Pongo cara de detective de novela negra.

–Vaaale. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

–Bien. Entonces... ¿crees que tu madre podría...?

–No –le corto, de inmediato–. Mi madre anda metida en otro caso, ya te digo. Además... si tengo que serte sincero, como madre es estupenda, pero como detective es una calamidad. Si quieres, te puedo echar yo una mano. Aunque no te lo creas, soy un tipo listo.

Luisfer sonrío con tristeza y se encoge de hombros.

Ahora entiendo su interés en estas últimas semanas por el cine ruso.

El padre de La Pera Limonera, que se llama Vladimir, regenta una sala de cine, el Kirov, especializada en películas rusas y donde ella le echa una mano como taquillera y acomodadora. Tres veces en lo que llevamos del mes de diciembre, Luisfer me ha convencido con los argumentos más estrafalarios para que lo acompañase allí a tragarnos unos rollazos insoportables en versión original rusa subtítulos en un español incomprensible. Aunque Luisfer es un friki del cine, yo no podía comprender que lo fuera hasta ese punto. Pero, por supuesto, ahora todo está muy claro. El cine ruso le importa un pimiento. Lo que pretendía era ligar con la Lemonova. Seguro que esperaba a que yo me durmiera en la butaca –cosa que ocurría a los cinco minutos de empezar

cada sesión– para ir a hacerse carantoñas con ella detrás de la máquina de las palomitas.

El Roxy

Antes de que el padre de Valeria se hiciese cargo del local y lo rebautizase como Kirov, la sala se había llamado Roxy y fue siempre un cine de barrio, de reestreno, los fines de semana con sesión continua. Cuando don Vladimir lo rescató del olvido, llevaba más de diez años cerrado. Mi único recuerdo del Roxy procede de mi más tierna infancia, cuando mi madre me llevó a ver *Dumbo*, una película de Disney sobre un elefantito que sufría acoso laboral en el circo donde trabajaba. Apenas recuerdo nada de aquella película, pero sí recuerdo lo mal que olía la sala. Justo antes de comenzar la sesión, el acomodador –un hombrecillo de unos ciento once años, vestido de contraalmirante– recorría el pasillo central, lanzando ráfagas de ambientador de pino con un enorme pulverizador. Gracias a eso, olía todavía peor.

Honorarios

–De acuerdo –acepta mi exfuturocuñado–. Hablemos de negocios. ¿Cuánto me vas a cobrar?

–¿Cobrar? No te voy a cobrar nada, Luisfer. Voy a echarte una mano con esto porque somos amigos.

–Ah, no, no... Estas cosas hay que pagarlas. Si no, no te tomarás el suficiente interés. Si no me cobras, harás un trabajo de aficionado. Y yo quiero una investigación profesional.

Inspiro profundamente. A veces es difícil no ponerse nervioso con Luisfer.

–De acuerdo. Mi madre cobra cien euros diarios...

–¡Aaaah...! –grita–. ¡Cien euros! Pero, pero...

–Tranquilo. Yo te cobraré la mitad.

–¡Aaaah...! –vuelve a gritar–. ¿Cincuenta euros? ¿Estás loco? ¿Cómo voy a pagarte eso?

–¿En qué quedamos? ¿Quieres un trabajo profesional o no?

–Sí, claro, por supuesto, pero... no pensaba que fuese tan caro.

–Ya. Dime, ¿en cuánto estabas pensando?

–Pues... me había hecho la idea de... unos cinco euros.

–Cinco euros.

–Sí.

–A la hora.

–No. Al día.

–A ver, Luisfer –digo, tras un carraspeo– mi madre es una detective de lo más cutre, lo admito. Pero por cinco euros al día, no se molesta ni en sacar la lupa de la caja.

–¿No? Caray... yo pensaba...

–Mira, vamos a hacer una cosa: investigamos esto entre los dos, de la manera más profesional posible, desde luego. Y, al final, hacemos cuentas. Seguro que llegaremos a un acuerdo. ¿Te parece?

–Vale.

–Muy bien. Vamos a mi cuarto.

Al entrar en mi habitación, abro el cajón de la mesa de estudio y saco mi pluma Pilot M-90 y un bloc Rhodia de tamaño cuartilla, negro y naranja, sin estrenar, precioso. Uno de mis regalos de la pasada Nochebuena.

De inmediato, comienzo a interrogar a Luisfer y a transcribir los datos interesantes en el Rhodia, que va a ser el cuaderno de bitácora de la investigación.

–Veamos... ¿cuándo te diste cuenta de que Valeria había desaparecido?

–Ayer. Ayer por la tarde. Habíamos quedado en el cine Kirov y no apareció. Ya sabes que el Kirov es de su padre y ella lo ayuda por las tardes...

–Lo sé, lo sé. Continúa.

–Pero ayer, al llegar, me encontré el cine cerrado. Había un cartel donde decía que permanecería cerrado hasta el día veintiocho, cuando se inaugura la segunda edición de la Mucinsovi.

–¿Eh? ¿Qué es eso?

–La Muestra de Cine Soviético. El año pasado se celebró la primera edición y Valeria me dijo que tuvo mucho éxito. A la sesión inaugural acudió hasta el alcalde.

–¿Y ella no sabía que el cine cerraba estos días?

–No lo sé... si me citó allí, pensaría que iba a estar abierto, claro.

–Eso creo yo. Es raro que no supiese lo de la Mariposi.

–La Mucinsovi.

–Sí, bueno, eso.

–Quizá lo olvidó.

–¿Es muy despistada, tu novia?

–No. O quizá sí. La verdad, no lo sé; apenas la conozco.

–Continúa –murmuro, mientras voy tomando nota de todo.

–Entonces, desde la misma puerta del Kirov, la llamé al móvil. Y no me contestó.

–¿A qué hora hiciste la llamada?

Luisfer consulta su teléfono.

–Cuatro y diez de la tarde.

–Hora de la siesta del día de Navidad. Quizá la pillaste echando una cabezada...

–Valeria es rusa. Ni celebra la Navidad ni duerme la siesta. La llamé otras cuatro veces a lo largo de la tarde. Siguió sin contestar. Hoy, esta mañana, he vuelto a llamarla dos veces más.

–Y nada.

–Eso: nada.

–¿Sabes dónde vive?

–Ella y su padre viven en el propio edificio del cine, en una vivienda situada encima de la sala.

–Y... ¿has ido a su casa, a preguntar por ella?

–No.

–Pues, hombre, eso debería ser el primer paso, ¿no crees? Quizá, simplemente, se ha puesto enferma y no puede contestar al teléfono.

Luisfer me mira largamente. Ladea la cabeza de un modo muy personal. Lo hace a menudo cuando se siente incómodo por la conversación. Siempre hacia el lado derecho.

–Verás, es que... creo que no le caigo bien a su padre.

–¡Vaya cosa! ¿Conoces a alguien que le caiga bien al padre de su novia?

–Ya, es cierto... pero es que el padre de Valeria se llama Vladimir. Eso impone. Si se llamase Tomás o Eusebio, quizá...

–Entonces, tendré que ir yo a preguntarle.

A Luisfer le brillan los ojos al momento.

–¡Sí! Estupenda idea. A fin de cuentas, para eso te pago, ¿no?

–¿Para que me juegue el pellejo por ti?
–Efectivamente.

Pastel ruso

Al costado de la entrada del cine Kirov, tal como me ha indicado Luisfer, –que, por cierto, me acompaña hasta allí pero se queda escondido como un hurón en el zaguán de la ferretería Alcrudo, al otro lado de la calle– hay una puerta estrecha, de madera pintada de rojo, que ostenta un «16» de chapa esmaltada en la parte superior. Llamo al portero automático, de botón único. Ni flores. Insisto. Otra vez. Por fin, oigo ruidos por el telefonillo.

–¿Quién es?

Más que una respuesta, parece un ladrido.

–Eeeh... hola, buenas. ¿Está Valeria en casa?

–No, no está.

–¿Sabe dónde está? Habíamos quedado para ir a jugar a los bolos, pero no ha venido ni me contesta al teléfono.

–¿Bolos? *Valerrria* no sabe jugar a los bolos.

–Sí, ya, por eso: le prometí que esta tarde le daría unas clases gratuitas –improviso.

Silencio escalofriante.

–¿Oiga? ¿Sigue usted ahí?

–*Da*.

–Entonces... ¿me dice que Valeria no está? –insisto.

–¡Exacto! Eso te he dicho. ¿No me entiendes o es que hablo ruso?

Uf... menudo genio se gasta este tipo.